

LOS DICTADORES DE LA NORMALIZACIÓN

Después de que los primeros homínidos inventaran la cachiporra y el fuego para imponer sus prejuicios representados por mitos y ritos, para consolidar sus derechos discriminatorios sobre los territorios de otros clanes, utilizaron la violación, la humillación, y la normalización. Pese a que algunos pocos pretendemos superar las tácticas trogloditas, situando al individuo, ciudadano, sobre el derecho tribal, la Humanidad ha ido avanzando en sofisticación de selección cultural hasta la infantería de marina, las bombas nucleares, los genocidios étnicos e ideológicos, y los procesos de absorción y exclusión cultural. Sólo lo hacemos para que compita y colabore nuestra cultura con las otras por los recursos del territorio, y así obtener ventaja reproductiva.

Desde la trona de la Verdad se convierte al indio, se esclaviza al negro, se persigue a quien habla lengua de pueblo absorbido, o se le dice en que debe creer, que le debe gustar, que es bueno y que es malo, que causa es justa, que moral es ética, como hay que vestir, que música es bella, o cual es el lenguaje correcto. No es malo quien es distinto, sino que nos hacemos malos al impedir a los demás ser diferentes. Quien define lo que es normal y estándar, quien ofrece caridad por homenaje, marca los límites de pertenencia a la tribu con eufemismos de tolerancia y respeto, que a los anormales exige y niega.

Sólo hay una especie homo, pero hay muchos tipos de monos, hay muchos tipos de antílopes, hay muchos tipos de fieras, y son las sutilezas las diferencias de la cooptencia que los selecciona. Un bicho corre un poco más que otro, o tiene unos colores algo más relucientes, y eso les basta; y sin embargo la capacidad cerebral de los potenciales competidores del hombre, no es ni similar. ¿Por qué?

Dicen que los neandertales tenían más volumen craneal, pero sus grupos eran más pequeños, su territorio menor, y su limitación les venía por los lazos de cohesión familiares y étnicos, (eran racistas). El sapiens trascendió la familia por un tótem, que cementaba por alianzas a grupos mayores con derecho a los recursos de un territorio, eso y el aprender a cocinar y a almacenar comida, especializó a los componentes femeninos y masculinos, jóvenes y viejos, fuertes y listos. Los clanes pasaban juntos y en alianza comercial los crudos inviernos. Ya no se fabricaban puntas de lanza con las piedras de la cueva, sino que se vivía a muchos kilómetros de donde se extraían los mejores sílex, de donde estaban los barrancos y desfiladeros,...

Hay más especies inteligentes, que usan herramientas, que crean, que ríen, que sienten, que planifican, que creen, que tienen culturas diferenciadas, que aprenden, que tienen lenguaje, que asesinan aparentemente sin causa, que hacen guerras, que inventan,... pero el homo introdujo un nuevo modo de selección natural, que ningún otro bicho tiene: categorizar la diferencia, o sea, juzgar entre mejor y peor por criterios culturales características diversas, que serán más o menos oportunas, pero ni mejores ni peores. Un humano nacido en un clan con buena caza, buena cueva, y buen manantial, tenía más probabilidades de éxito reproductor que un humano genéticamente mejor, nacido en un clan con peor acceso a recursos.

El tamaño de una tribu en referencia a los recursos del territorio establecía un equilibrio entre protectores de los lindes sobre los que se meaban, y la disponibilidad de recursos

para mantener el sistema productivo: caza, raíces, carroña, frutos,... Si había escasez bien podía invertirse en guerreros y ampliar, o bien podía adecuarse el tamaño echando a los individuos o clanes que sobran,... normalmente masculinos, que a efectos reproductivos tienden a sobrar. Se nos ocurrió lo de la normalización: los que fueren normales eran categorizados como nuestros, amados y valorados, los que fueren distintos eran despreciados, negados, y sin derecho a los recursos. Era un modo muy ágil para que las poblaciones se adecuaran con intransigencia y desprecio a la capacidad del coto.

La evolución se estableció desde entonces entre normalización y segregación. Cuando al grupo intentaba políticas de ampliación, normalizaban y toleraban diversidad; pero cuando alguna derrota o limitación natural, lo impedía, se encerraban en la xenofobia, la intolerancia, y la exigencia normalizadora. Los clanes se comieron a otros clanes, y las tribus a otras tribus, pues como sapiens ya no era requisito ser de la misma etnia, sino estar normalizados por lo que el chamán que traducía la amenaza en esperanza, definía al feligrés como normal para acceder al derecho privado sobre los recursos sociales.

La red de cerebros humanos es el soporte sobre el que la categorización de la diversidad entre buena y mala, que llamamos cultura, se selecciona coopitiendo por recursos escasos y evoluciona. Las estructuras sociales, simbolizadas por banderas, logotipos, marcas, dioses, y cosas de esas, nos han sustituido en la carrera adaptativa al entorno. Son los dioses los que atacan o huyen, los que comen y no desean ser comidos, los que desarrollan estrategias de supervivencia, los que se rodean de una membrana, los que se reproducen. Nosotros somos sólo las alas de un ave que pretende volar más alto, para huir de los temores del suelo.

En análoga cooepetencia predador-presa, los grupos cooepetían contra los grupos por derechos, y la normalización exigió darle categoría a sutilezas cada vez más elaboradas. El lenguaje definió territorio, la moda definió casta, y la música definió panda: el grado de sumisión a causas y valores contenidos en el tótem. Ritos. Quien hablaba igual era igualmente depositario de los derechos sobre el territorio custodiado por las patrullas de guerreros; quien vestía con los mismos huesos, tatuajes, colores, tintes, taparrabos, y abalorios, era depositario de las ventajas de casta, entre las que estaba interpretar el símbolo; quien bailaba y cantaba las mismas canciones, adoraba al mismo tótem, y asumía que la escala de valores era común, y las categorías del conocimiento del bien y el mal.

El dialecto certifica ritualmente la escala de valor que según el que mejor viste, simboliza la danza. En épocas de temor, escasez o de contención, se era más exigente en que todos hablaran, cantaran y vistieran igual; y en momentos de optimismo, se aceptaba a los machos deambulantes de la sabana, excéntricos por no gustar de cantar las mismas canciones, siempre y cuando aprendieran los ritos, tradiciones, y danzas.

La carrera evolutiva normalización-segregación, precisó de gentes más inteligentes pues la transmisión generacional de cultura, pasó a ser más importante por ser muchísimo más adaptativa que la genética. Era más aleatoria y difícil de copiar que la bioquímica, pero más dúctil. La categorización dentro de los grupos y las capacidades de alianza, la generosidad y la disposición a arriesgar la sangre, la relación social del que engaña y no desea ser engañado, nos hizo desconfiados y encumbró la lealtad como valor a cambio de

sumisión. Complejidad. El macho utilizó su agresividad cazadora como contramedida ante el riesgo de ser prescindible para la tribu. La inteligencia fue consecuencia de la agresividad, y esta del desprecio, que se retroalimentó como hicieron entre sí el lenguaje y la ética, pues la guerra era el modo en el que un modelo político, de negociación y equilibrio normalización-segregación, competía con otro.

La distancia entre dialecto y lengua fue la que dista entre integración y exclusión, y trascendió a casta e ideología, y pieles y colores, tótems y ritos, se combinaron con jergas y modismos. Los que hablaban igual eran del mismo grupo, los que hablaban distinto eran de otro grupo, y si no se entendían pero tenían mujeres fértiles, agua y alimentos, en épocas de hambre, enemigos. Uno no era atacado según lo que hablara, sino que según lo distinto que se hablara, era la tolerancia a la justificación de robarle, siempre tras despreciarlo ad hominem. Pero al devorarse los dioses unos a otros, y acabar en los monoteísmos que hoy dictan la Verdad de la historia, o sea la mitología transcrita que describe la tradición, la normalización precisó de extenderse por escrito a la Historia y a la Moral. Ya no bastó ser iguales a los propios y distinto a los extraños, sino que también lo fueran ancestros y herederos.

Nos sedentarizamos al descubrir que había más estabilidad alimentaria si lo cultivamos, y más carne si la criamos. Los grupos se hicieron mucho más grandes, a los fetiches se los comieron los dioses, y ¡ah! cosas de serendipity, ya teníamos los modos inventados para agregar y segregar, ya habíamos probado de la manzana: la normalización de la diversidad, y la categorización de la diferencia. La evolución de la lengua fue para diferenciarse y para normalizarse, pero siempre por conveniencia, y los idiomas surgieron identitariamente para ser distintos, que no por serlo. Discriminar y juzgar lo diverso, despreciar y justificar la injusticia nos hizo cada vez más inteligentes, en absurda carrera entre grupos, que nos hace humanos.

Es natural y está en la esencia del hombre asignar derechos por la cultura, pero hemos evolucionado, y si bien no tenemos alas volamos, la mayoría ya no le damos con la cachiporra a la hembra como cortejo, ni matamos a los hijos del líder vencido, no sacrificamos vírgenes al fuego. Somos algo más que trogloditas capaces de llegar al espacio, de ver lo invisible, y sin embargo justificamos por ancestral lo que siendo natural, es del todo aberrante: la categorización de la diversidad lingüística, que existe por ser el hedor con el que marcamos el territorio. Aquí estamos, dándole importancia a un arcaicismo por justificaciones que interesan el egoísmo y conservadurismo de gentes que curiosamente se autodenominan inteligentes... no opinaría lo mismo un marciano. Patéticamente orgullosos, como lo estarían de colgarse de una rama mejor que el de mono con el culo menos colorado.

Algunos lo superan, y contranatura conciben la lengua como modo de dialogar y entenderse con otros seres humanos; la mayoría mantiene su origen insolidario en un discreto segundo plano de su moral, para rescatar la intolerancia, la xenofobia, y la exclusión, cuando se sienten amenazados, o hay escasez, o inseguridad, o mala prospectiva; y otra minoría lo hace bandera, curiosamente de su victimismo, que es al fin y al cabo frustración de quien sólo puede superar su temor sintiéndose parte de algo mayor, mejor que el esfuerzo y la indeterminación de construir una opción política con otros.

El mercado de esclavos y siervos ya no necesita de negreros: hay bofetadas para ofrecerse como víctimas a los salvadores, a cambio de hipótesis sobre la culpa de otros en las propias frustraciones. Protectores que claman por ser a su vez víctimas, y no tener así culpa ni responsabilidad. ¡Ya nadie quiere ser señor! A diferencia de la responsabilidad, la autoridad se delega. Como en el Medievo, el señor de la palabra ofrece al vasallo luchar por él, aunque suele la cosa acabar al revés.

Quien se normaliza acepta la comodidad y seguridad de ser parte de algo, y la fuerza de exigir a otros condiciones y rituales, para participar de los derechos sobre aquello que se ama. Del derecho por amor, al la maté porque era mía, sólo media la oportunidad. La politización de la lingüística, tradujo la ancestral imaginaria trascendiendo de la gramática a la retórica, y mezclándose en rituales de magia cual brujo con amuletos, con la normalización. El análisis del lenguaje observó la diversidad y la categorizó entre propia, buena, por ello legítima titular de los derechos sobre el territorio, y bárbara. Los osos se rascan la espalda en los troncos, y nosotros amor en la tradición, que es costumbre, que es mores, que es moral.

La lengua para consolidar la conquista o invasión del territorio con derechos propios, sirvió para colaborar y sublimó en literatura. Será legal, pero no honesto utilizarla con objeto agregador, y excusa filológica, pues legitima la contestación inversa, tal vez lingüísticamente desacertada, pero antropológicamente oportuna. Con la coartada de lengua para entenderse, resulta dialectos que son un modo memético creado para segregarse. La normalización del catalán en Baleares con argumentos lingüísticos, es en realidad un mensaje político: agregación con Cataluña en la defensa ante lo que algunos consideran un abuso de alianza con la consolidación del castellano –segregación-.

Al esperanto desprecian altivos, y si no somos capaces de superar nuestro tribalismo, ser algo más que cavernícolas con televisión y coche, criticar la historia, reírnos de las banderas y distanciarnos de las afrentas; si no somos capaces de reutilizar la lengua para compartir, sino para repartir, entonces, que no insulten mi inteligencia con discusiones peregrinas sobre la unidad del catalán, o del leonés (¡que lo hay!). La lengua es excusa para un simple criterio entre simios que pretenden así marcar territorio. Lo siento: la fase de orangután ya la he superado, y no me divierten ya piruetas, muecas, y monadas, de la estupidez en la que se ha instalado la política con minúscula.

La normalización causa la agregación de gente con derechos sobre un territorio, que serán interpretados y protegidos por la santurrón casta bramán del nacionalismo, pero hábilmente es vendida por su consecuencia lingüística de la pijería cultureta. Las definiciones de lengua y dialecto, de jerga y acento, son justificaciones de los intereses de nuestros salvadores,-examinadores-, siempre insistiendo en que seamos víctimas, y que les cedamos, junto con la autoridad, la responsabilidad. La lingüística trata de cosas como la semántica o el vocabulario, pero deseó protagonismo, influencia política, y trascender por interés a la estandarización, o sea, a establecer los criterios unificadores, y a la normalización: definir cómo y cuando usar el lenguaje (incluso a la interpretación de la historia). El dialecto sirve tanto para unir como para separar, y una lengua amenazada como la catalana, tomó el camino natural cromañón de normalizar; como el castellano en Sudamérica optó naturalmente por aceptar las variantes (no así en España, pues percibía

también la amenaza). Sólo loros que gritan amor a la lengua para que otros loros sepan cual es su territorio, sobre el que se tiene derecho a los frutos.

Relacionar la lingüística o la filología con la política, ofrece ventajas a la hora de discriminar acceso a puestos de trabajo, crear poltronas de comisariado lingüístico, o definir derechos sobre el uso de un territorio para el caso de que vengan mal dadas, guardándose la opción de excluir a los que no aman la lengua, y por ende a la patria. La arrogancia pompeufabrista se erigió como estándar del catalán, ante actitudes conciliadoras de Alcover, o el desprecio de los valencianos. El pompeufabrimo definió la normalización y la propuso para su homologación, pero lo hizo desde la debilidad del chulo, que es fuerza aparente de quien se sabe vencido. No está en la lingüística la discusión de la lengua, el dialecto, la jerga, el acento, la categorización de la diversidad entre buena y mala, correcta e incorrecta, aprobado o suspenso; pues su objetivo está en describir el habla.

No se trata de decidir si el catalán es un idioma que contiene los dialectos, ni de qué dialectos son lenguas diferenciales, sino de la legitimidad de su normalización impuesta. Excusas para la interferencia política. Las definiciones filológicas clarifican el asunto. La lengua es una cosa, la estandarización un acuerdo entre los que la hablan para definir el grupo que ostenta derecho sobre los recursos de un territorio, pero la pretensión de homologar el uso, o sea el ritual, es política que sustenta derechos, y quien juega a dar patadas, puede también recibirlas.

¿Por qué una lengua común se llama catalán, y no valenciano? ¿Por qué los barbarismos de unos tienen etimología latina, y los de otros castellana? El que parte y reparte se lleva la mejor parte, y el brujo que ostenta la interlocución entre amenaza y esperanza, es quien posee el poder de la Palabra, de repartir los derechos sobre los recursos que contiene el territorio. La lengua puede ser para todos la misma, pero la normalización de sus dialectos es politización, reivindicación, y gestión de la discriminación. El pompeufabrés es tan catalán como el valenciano o el pollencí, la categorización de la diversidad entre correcto o incorrecto, la liturgia, y el interés en gestionar uno u otro criterio, es la legitimación del poder de repartir los recursos del territorio sobre el que se homologa. Los comisarios de todo régimen son la Policía de la Normalización de una homogeneidad que garantiza la fuerza de la unidad, y da igual los nombres por los que se nombra a los comisarios políticos, religiosos, lingüísticos, históricos,... en sorprendente pareja tradición y revolución avanzan a codazos.

No se trata de lengua, ni de protección -el que protege ostenta el poder sobre lo protegido-, ni de salvación -¡sálvenme de los salvadores!-, ni de respeto -nunca simétrico-, sino de repartir, de excluir, de segregar, de intolerancia, de justificación. La lengua no es por la libertad de un pueblo, sino para su sometimiento, por la exclusión de quien no acepta la imposición de una normalización, sea por rebeldía, o por haber nacido en otro lugar. El franquismo nacional-católico tuvo camada que, con la misma base sobre distintas rayas, y estética progresista nacional-progre, (bobo en francés), se repartió los derechos territoriales.

No por ser asignatura o parte de una carrera, o de una normativa, o una legislación, o una tradición, o una disciplina, y no por estar definida por lingüistas, la normalización pasa a

ser filología; como no por ser anunciada por un científico, una opinión pasa a ser ciencia. Para los sapiens, la diversificación de la lengua fue para no entenderse, y en base a ello reivindicar la diferencia homogénea y exclusiva de quien poseía la titularidad del manantial, la carroña, o las mujeres,... y el troglodita nacionalista sigue en ello, aunque ya no coma carne cruda, por permitirse con las subvenciones a su iluminación elaborados y caras gastronomías, con toda naturalidad y justificación. Entre la ingenuidad de suponer que las lenguas unen, y el prejuicio de que la lengua es para entenderse, más allá de los que ostentan la adoración a los mismos tabús, algunos pretenden no ser sapiens, sino marcianos.

Así que he decidido, por el bien de todos aquellos a quien tanto amo –o sea deseo en servidumbre a cambio de homenaje-, pero que no tienen mi clarividencia de lo que el destino espera de ellos, y así de lo que deben hacer por la libertad, dignarme a representar a los temerosos, y repartir los derechos sobre el territorio que habitan los que respetan el castaplano, noble lengua integradora del mallorcano y el castalán, no por interés sino por liberar al Pueblo oprimido de fachas y derechonas. Todo el que quiera parte del botín, podrá integrarse si se normaliza en castaplano, y para ello, como hizo San Pompeu Fabra, primero habrá que homologar algo conveniente que nos haga distintos a otros buitres competidores por las sobras, a lo que invito a débiles y cobardes, que hallarán la felicidad en ser parte de algo,... y morder al de al lado. Por cierto, ¿por qué los catalanistas están siempre amargados y cabreados?

<http://www.bartolo.com.es> <http://www.ecoliberalismo.com>